

Geopolítica de un gran espacio continental

A. D. Ricardo Becerro de Bengoa, gran entusiasta de las investigaciones sobre Geopolítica y Geopsique.

EL mundo apenas si se acuerda de Polonia. La tragedia polaca ha perdido a tualidad periodística, y sin embargo la patria inmortal de Sobieski, Kosciusko, Copérnico, San Casimiro, San Estanislao, Chopín, y tantos otros grandes hombres, no puede morir jamás.

Polonia es un gran espacio continental, sin accidentes físicos que le impriman un carácter personal e inconfundible. En efecto, un paisaje polaco y otro ruso, podrían muy bien confundirse. La raza es también idéntica a uno y otro lado del Bug, actual frontera ruso-polaca, a partir de la Conferencia de Crimea. Sin embargo, hay una cosa que diferencia, radicalmente, a los polacos de los rusos: la religión.

Mientras Polonia, influida por el Occidente europeo, abrazó el Catolicismo, Rusia siguió a la iglesia ortodoxa griega ya que sus primeras relaciones con otros pueblos civilizados, fueron con Bizancio. Por eso, al hundirse Constantinopla en 1453, a los embates de Mohamed II, los rusos se consideraron herederos del imperio bizantino y expresaron su deseo de volver a dominar en la zona de los Estrechos, arrebatados por los turcos otomanos al moribundo imperio de Oriente. Así, mientras Rusia enfocaba su atención hacia los problemas del oriente europeo, Polonia por sus relaciones con Roma y con la Orden Teutónica, se sumaba a la gran comunidad cristiana y Romana de la Europa Central. Y cuando ésta apostató de su fe y se pasó en masa a la pretendida Reforma luterana, Polonia vio en su catolicismo fervoroso, un medio más para acentuar su diferenciación sobre sus poderosos vecinos y ésto la salvó, preservándola del imperialismo ruso y del germánico pues, a pesar de sus repartos, la patria polaca nunca ha dejado de latir en el corazón de su pueblo. Por tanto, lo que no pudieron hacer ni la raza, ni la lengua (del mismo tronco ruso), ni la Geografía, lo hizo el catolicismo polaco: formar una muralla infranqueable, en el corazón de los fieles, para precaverles contra la absorción de los protestantes alemanes o los ortodoxos rusos.

Porque ésta ha sido, siempre, la tragedia de Polonia. Colocada entre dos colosos, su suelo ha servido, muchas veces, de campo de batalla a las inacabables disputas ruso-germánicas. Estado tapón, entre Rusia y Alemania, su independencia no ha sido respetada por ninguno de sus colosales vecinos y aunque las potencias occidentales intentasen sostenerla diplomáticamente, la Geografía les impidió siempre prestarle una eficaz ayuda militar. Los Estados occiden-

tales, amantes del «estatu quo», pretendieron hacer de Polonia una muralla que se opusiese a la expansión rusa por Europa o a la de Germania por tierras eslavas, con el consiguiente desequilibrio resultante. La Polonia que surgió a raíz de Versalles, la Polonia del mariscal Pildsuski, respondía a esta concepción: el quinto reparto de Polonia, a comienzos de la segunda guerra mundial, fué el resultado de la política seguida por sus gobernantes.

Polonia, ha tenido, a lo largo de su historia, grandes héroes, sabios y santos: Solieski, el liberador de Viena; Kosciusko, el héroe conmovedor de la independencia; Copérnico, fundamento de la moderna cosmografía; San Casimiro rey; San Estanislao, Chopín, etc.

Pero este país ha tenido siempre muy malos políticos y no olvidemos que la política es el primer factor de toda victoria. Si Napoleón decía que para ganar una guerra bastan tres cosas: dinero, dinero y dinero, es porque las demás se sobreentendían. Nuestros tratadistas militares, más realistas, enumeran, por este orden, los factores de la victoria: política, hombres, armas y terreno. La consecuencia es clara: con malos políticos, no se va a ninguna parte.

Cuando Polonia era una monarquía (o sea antes de los repartos de fines del siglo XVIII), el primer mal de la nación era su misma constitución política. En efecto: la monarquía era electiva, con lo cual se quitaba a esta institución su primordial cualidad: la estabilidad, y se restaba autoridad al nuevo monarca, elegido por una asamblea de pares. Por si esto fuera poco, el «liberum vetum» aseguraba la más completa anarquía al país, permitiendo el anquilosamiento de las leyes, que no podían ser puestas al unísono de los nuevos tiempos, porque, según esta ley, bastaba la oposición de un solo miembro de la Duna o Parlamento, para que no se pudiera promulgar ninguna otra. Cuando los polacos vieron la monstruosidad que esto encerraba y quisieron suprimir el «liberum vetum», las potencias codiciosas de su suelo lo impidieron y este fué el prólogo de la tragedia de 1.772 en que Polonia sufrió su primer reparto.

Los dos repartos subsiguientes, en 1.793 y 1.795, no hicieron sino completar lo que ya estaba iniciado y acabaron por descomponer aquel cuerpo político, ya cadáver hacía tiempo. Napoleón intentó, en provecho de Francia, reconstruir Polonia, y el Gran Ducado de Varsovia fué la plasmación de su idea, que fracasó por su enemistad con el zar Alejandro: la campaña de 1.814 echó por tierra todos los planes napoleónicos e inició «el comienzo del fin» de aquella loca carrera triunfal del corso.

Pero Polonia, aherrojada por el Congreso de Viena, que verificó el cuarto reparto polaco, no había muerto: las subversiones de 1.830, 1.848 y 1.863 lo demostraban así. En 1.914 estalla la primera guerra mundial y en Polonia se notan síntomas de agitación, tantos que un alto personaje zarista, llega a decir que Polonia vivirá de nuevo cuando acabe la contienda. Mas la derrota de la autocracia rusa y la consiguiente revolución bolchevique, hacen que Polonia viva de nuevo, pero no gracias a Rusia, sino a expensas suyas precisamente. Sofocados los movimientos «blancos» de Koltchak y De-

nikin, los bolcheviques intentan un esfuerzo supremo: llegan hasta las mismas puertas de Varsovia, pero son vencidos por Pilduski, creador de la Polonia que todos hemos conocido.

Esta victoria material sobre Rusia, unida a la victoria moral sobre la Alemania del Kaiser, pues Polonia militaba en la órbita de los vencedores, creó en los políticos polacos contemporáneos, un complejo de superioridad, que habría de ser fatal para su Patria. Se desestimó al presunto rival y se creyó que la caballería polaca, habría de dar al traste con cualquier incursión de los tanques rusos o alemanes. Además, la garantía de las potencias occidentales, acabó de cegar a aquellos miopes mentales y así Polonia se vió abocada a una política absurda de enconada hostilidad con sus dos poderosos vecinos, Rusia y Alemania, en vez de aprovecharse de la amistad de uno, para precaverse de las ambiciones del otro. No se hizo así y esta falta de visión política es la que empujó a rechazar la ayuda rusa, en caso de agresión alemana, al tiempo que no hacía nada por evitar o diferir la guerra con el III Reich. El resultado no se hizo esperar: triturado el ejército polaco por sus dos temibles vecinos, sin posibilidades de defensa eficaz, hubo de sufrir en 1939 su quinto reparto.

Pocos años después fueron expulsados los invasores alemanes por otros invasores, los rusos, que habían contemplado con los brazos cruzados el sacrificio sublime de los patriotas varsovianos. En estas circunstancias ¿qué suerte le podía caber a Polonia, sino la de caer, fatalmente, bajo la órbita rusa? Locura sería pensar otra cosa y comprendiéndolo así y recordando la poca eficacia de la ayuda que pueda recibir este país de las naciones occidentales, los magnates reunidos en Yalta hubieron de inclinarse ante la realidad. Y Polonia que fué a la guerra, por no perder el pequeño territorio del pabellón y sus discutibles derechos sobre Danzig, vió segregada de la patria, casi la mitad de extensión territorial. ¿De qué le valdrán las compensaciones territoriales, hechas a costa de Alemania, si ha sufrido tan gran amputación? La nefasta conducta, seguida por los políticos polacos, se traduce en este absurdo a que el mundo se halla abocado.

Español: cuando oigas la polonesa de Chopín, descúbrete: es el himno «gigante y extraño, que anuncia en la noche del alma una aurora», de ese pueblo de héroes, santos y sabios que es Polonia, hoy perdida para la civilización occidental, por un grupo de hombres que no sabían lo que hacían. Mas, ¿por qué no dejar en el fondo del alma un rinconcito para la esperanza? Estoy seguro de que en el corazón de todos los buenos polacos, el general Sander a la cabeza, este rinconcito no faltará, es más, la esperanza llenará en ellos todo su corazón, toda su vida y toda su alma.

JUSTO CORCHON GARCIA

Romance de la niña que espera

I

Consúmese la niña,
cansada de esperar;
que el Príncipe anhelado
no acaba de llegar.
Un Príncipe radiante,
magnífico y audaz,
que en sueños concibiera
su casta pubertad.
Aun ella no le ha visto,
ni sabe donde está;
mas no hay duda que existe,
y está para llegar.
No haberle visto nunca
y conocerle ya,
es algo que ella misma
no puede precisar.
Presiente su venida
y espera cumplirá
la cita que se dieran
no sabe en qué lugar.
Dulcísimos asuntos
tendrán que ventilar,
de arcanos misteriosos
que fueron y serán.
Su horóscopo le dice
que ya no tardará;
¡qué cosas, cuando llegue,
le tiene que contar!
Será eterna la cita
y eterno el conversar,
en un abrazo mutuo
que nadie romperá.
Le ha visto ya mil veces
gallardo desfilar,